

Cuadernillos de poesía Colombiana

12

En la muerte de
Porfirio Barba Jacob

Ediciones de la revista *"Universidad Católica Bolivariana"*

Porfirio Barba Jacob

La hondura y gravedad interiores de Porfirio Barba Jacob, sus inmarcesibles dones para la emoción interior y el goce inasible, pero fecundo en el afán intelectual, alcanzaron para su obra estrófica el más alto lugar en la lírica colombiana. Hay indudablemente poetas más insignes por el valor arquitectónico de sus versos, por el contorno y estructura de sus estrofas, por la armonía exterior de sus creaciones; otros lo superarán en la densidad del pensamiento, en la galanura y color de las ideas, en el vigor y sentido de sus afirmaciones poéticas. Pero ninguno ha alcanzado ese magistral e inafectado ritmo interior, esa ingenua madurez del canto, que dice con sencilla tranquilidad, con augusto decoro y honesta fe, todo el surtidero de las más entrañables e íntimas verdades, sin ánimo perverso, sin dañina, ni egoísta intención. Porque encontró la euritmia sin métrica, el verso de acepción cordial, la intrínseca capacidad musical de la poesía y supo entregarla y transmitirla, por eso hemos señalado desde antes y sin temores críticos, para Porfirio Barba Jacob, el más eminente sitio de nuestra lírica. Los juzgadores profesionales no pueden olvidar, al repasar y sopesar la obra poética del gran colombiano, esta cualidad subjetiva de sus realizaciones, porque ella sustenta, define y garantiza la certeza de nuestra afirmación e impone adecuada meditación a quienes ambicionen dudar de tal aserto.

Su biografía está cruzada de itinerarios trágicos. "Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales, que nunca humana lira, jamás, esclareció". Pocos han sufrido tanto como él y nadie convivió, ni comprendió sus amarguras, acumuladas y engrandecidas por el milagro inmenso de sus versos. En ellos expresó su dolor y su abandono, "un gran dolor incógnito vibraba por su acento"; ellos fueron y serán el mensaje de sus infortunios sin tregua. Lo que el mundo le entregaba en persecuciones y quebranto, él lo devolvía con trágica gentileza, en estrofas de porte y corte sinceros, llenas de la diáfana razón de sus ideales, alimentados amorosamente en el recodo más callado de su ánima trashumante. La historia de su vida limita en muchos puntos con el ámbito de la contradicción y "de simas no sondeadas subía a las estrellas". Conoció la ingratitud sin tasa de los hombres; "vagó con los abriles por islas de su América"; en el amor barajó los excesos y cultivó la más exquisita galantería; sus ideas mudaban con el calendario; practicó los menesteres de la revolución y soportó las acritudes del destierro; sus torturas interiores, no le dejaron margen para quejarse y curarse de sus dolencias físicas. "Sólo por intermedio del dolor, convivimos con nuestra verdadera persona, aquella de la que somos un

ilusorio simulacro", afirmó el gran Teixelra de Pascoaes. Era "soberbio y desdefioso, pródigo y turbulento". Fue maestro de escuela, periodista y poeta, tres formas distintas de un destino único: servir con todo, para todos y sin límite. El mismo "honor de servir" de Henri Marsis.

Su patria colombiana le brindó el olvido y el desconocimiento; apuró en toda su medida la acidez del desamparo, que siempre le propiciaron sus conciudadanos. Pero él toleró todo con elegante silencio. Canjeaba esa ingratitud, con el inmenso prestigio intelectual que daban a las letras colombianas, sus poesías. Vivió tatuado de nostalgias y el doloroso éxodo que se impuso, no logró nunca borrar en las tablas de su corazón el paisaje nativo.

El recinto de soledad que le fabricaron los hombres, lo cantó en sus obras con insistente complacencia. Fue un viajero de su mundo interior y un vagabundo de la geografía americana. Sus poesías, son el diario de sus creencias íntimas "y nadie aún ha medido su trágico lamento". La angustia fué su sombra. Pero era un angustiado en el mejor sentido heideggeriano. "La angustia no es una aniquilación del ente, sino un derrumbamiento, un hundimiento". Sus poesías resumen y revelan lo anterior. Pero por una insigne paradoja, al leer esas estrofas, plasmadas con arcilla de dolor y tragedia, con greda amarga, "se llena el corazón de luz". Aprender el cabal sentido de sus poesías, produce el mismo efecto que señalaba Worriger para el arte gótico; "Si ensayamos proyectarnos sentimentalmente en un interior de catedral gótica, nos sorprenderá una sensación muy distante. Al pretender incorporar nuestro "yo" emocional en las masas de vacíos gigantes del interior, nos arrebatara una forma de vértigo ascendente: El concepto de la gravitación natural de la piedra, se transfigura en algo quizá antagónico: una suerte de gravitación ascensional, dicho sea, aceptando lo contradictorio del término".

Su obra lírica no consiente un cotejo. Tan personal y espontánea fué. Vivió sus versos, "como se viven el dolor y el amor", con apasionada naturalidad, con sencillo convencimiento de su destino poético. Plasmó sus obras con desordenada seguridad, sin sujeción a normas escolares, con tranquila convicción de sus dones artísticos. Sus creaciones estróficas tienen hoy ámbito continental y aseguran para el autor, los lujos inmortales. Los ingredientes de su obra lírica carecen de dimensiones optimistas. Ellos son, el recuerdo de la infancia, la soledad, el dolor y la muerte. El gris sin matices de su alma, mimetizó la albura inicial de sus versos y repujó de amargura el conjunto egregio de su producción intelectual. Ella rima y se arrima al corazón. Tiene sabor y color de confianza, porque el poeta, le enchapó la sordina de sus angustias interiores.

Y acaba de morir Porfirio Barba Jacob. Campo extraño, la tierra mexicana, la que "le dió su rebeldía, su libertad, su fuerza", recogió el instante postrero del poeta. "Sus labios han enmudecido, se cerraron como sus ojos: ojos de sombra y labios de silencio". Tras la dura jornada de su vida, fabricada en el dolor y la duda, los óleos católicos le devolvieron la paz del alma y la lavaron de toda escoria humana. Así también, su hora última, fue el más espléndido mensaje lírico, comunión en Dios para la eternidad.

En este primer mensuario de su muerte, la Universidad Católica Bolivariana, elabora como tributo de admiración y fervor para su obra, un Cuadernillo seleccionado de sus mejores poesías. Esta glosa, labrada en el borde próximo de su desaparición, al margen de su invariable ausencia, no puede poseer pretensiones críticas ni biográficas. Su obra ya ha sido juzgada ampliamente y ha salido exitosa de la prueba. Los años y las generaciones, no menguarán su memoria y cumplirán así el más eminente deseo del poeta: "Decid cuando yo muera, era una llama al viento y el viento la apagó".

Gabriel HENAO MEJIA

Un hombre

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no conocéis el horror de la conciencia ante el Universo;
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del sér;
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia...

Los que no interrogáis la ilusión del espacio y el tiempo,
y pensáis que la vida es esto que pensamos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco fatigoso
y lo coméis con manos limpias y miedos apacibles;
los que decís: —Está amaneciendo...—
y no lloráis el milagro del lirio del alba!

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos,
en las casas del abandono y la miseria;
y en la mendicidad, odiar el mundo
con una tortura sin pensamientos.

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como en sombríos hierros, en los abrazos fieros
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma con fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal,
vosotros no podéis comprender el sentido doloroso de esta palabra:
UN HOMBRE.

Parábola del retorno

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decídme ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjo, y un cáunce, y un palmar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,

¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decídme ¿há mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa en la alegría de amar y de cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda obscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni ríela ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre calreles, su frente angelcal?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
en esa alcoba vieja, la cuna y el altar...
Decídme ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia... En la ventana
nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas, de gajos de arrayán,
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un cáunce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

La infanta de las maravillas

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.
Brillaban unas flores en toda la campiña,
y absorto en mis cinco años, temblando interrogué:
—¿Madre, qué flor es ésta?—La flor de las maravillas...

Un día en mi niñez, y sin saber por qué...

De súbito hacia el fondo del campo enardecido,
una Infantina esbelta, una niña inasible,
que era las maravillas y el crepúsculo.
Mi madre iba colmando de flores un copón
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,
la niña esbelta, la veste blanca y roji-azul el pañolón.

Mas luégo, andando un poco la noche y la pradera,
con voces impasibles dijo mi madre abuela:
—“Donde se ve ese surco de hierba nació yo:
¡no quedan ya ni aun tapias!... ¡La hierba es altamiza...”
Silencio... Un gran silencio.

Hierba de las ruinas...

Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.
La Infanta me dio un beso y el llanto desbordó.

En medio de las ruinas ataban maravillas
a la luz de la luna.

Después, andando el tiempo, la vida y los países,
vi mil cosas... Vi arder la tierra en su extensión.
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,
danzar entre guirnaldas. La mies ya está madura
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.
Entre coros de jóvenes, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil
vi al monte dar la miel de sus colmenas. La Alegría,
con la miel del monte, no cesa de fluir.
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,
ávido el corazón, insaciado, encendido,

la mano firme, un freno de oro a la ilusión...
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón.
El vino loco al declinar el día...
y entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta—¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.
¡Qué silencio tan lóbrego! ¡Qué frío el corazón!
En la noche sin sueño en que croan las ranas,
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó...
Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino...
Un aroma que huye, la viola encantada,
la seda tornasol, la miel de la granada
y un anhelo que no lo colma nada...
Entre tapias rotas, la lúgubre altamiza:
sangrando en sus ruinas mi propio corazón...
Y en medio de mi pena, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas...

Árbol viejo

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus micles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
"Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece a la hacha los desnudos brazos
para alimento del hogar: cortémosle".

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmars.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol? ¿para darle
cuatro varas de sombra al césped trémulo?
¿para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?
¿para oír el silencio de la noche?
¿para sentir la fiebre de la tierra?
¿para ver a las mozas del camino
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende;
y ella, que en paz sus luminares prende,
dilata mi ansiedad con su mutismo...

Antorcha contra el viento

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura!

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
(¡Oh, noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!).

La estrella de la tarde

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestras almas, anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
químeras vanas, caridad sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada...

¿En qué islas de grutas misteriosas
arrullaron los Números tu sueño?
¿Quién me da los carbones irrealas
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólicos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío en el impulso errante,
nunca sabremos nada...
Y, sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros

manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
—“La estrella de la tarde está encendida”.—
Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hielo de luz...
Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

Nocturno

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el mar y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable
y cordial y vital me conforta,
y no pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta
—me está diciendo a voces un amigo interior—.
El minuto es florido, sonoro y halagüeño;
el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño...

Espacio..... Tiempo

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte.

Yo traje la visión de un agua dilatada;
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra
que tuve un calofrío
de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin mío
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

Espíritu errante

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia sagrada.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas:
¿acaso el misterio culmina
en las graves montañas sonoras
que nutren el roble y la encina?

Quizás en el fondo de oscuros arcanos
tú vives de ciencia, de luz y de gloria,
y a mundos externos las manos divinas
entreabren la reja ilusoria...

¿Quién sabe en la noche que incuba las formas
de adusto silencio cubiertas,
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?

¡Oh sed insaciable del alma que busca las normas!
¿Seremos tan sólo ventanas abiertas
el hombre, los lirios, el valle y el día?

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia sagrada.

El despertar

Ya por celestes númenes alzado el mortuario
manto que las criaturas envolvía,
la luz viene a llamar a los cristales...

Tú que retornas a tu sueño: advierte
si un hada esquiva deja en los umbrales
salvias y zarpoletas, o si vierte
al pie de la ventana,
con sus dedos rosáceos y pueriles,
los jugos de la agreste mejorana
y el tomillo de todos los abriles.
Porque huele muy bien...

Y el aire puro,
al penetrar por el balcón abierto,
derrama en el ambiente semi-oscuro
los himnos de los pájaros del huerto.

Bajo el árbol antiguo el agua suena...
¡Es de día! ¡Es de día!
Has tu oración, disponte a la faena,
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

La vieja canción

I

Qué ha de hacer quien ignora el destino,
la razón de su pan y su vino,
y la clave de obscuro avatar?

Como el nórdico rey prisionero
de la vieja canción del trovero,
esperar... esperar... esperar...

II

Tal vez brinde un consuelo a sus cuitas,
en la tarde de pompas marchitas,
la ventana que está frente al mar;

tal vez pueda en antiguo volumen
cuyos trazos los siglos esfumen
divagar... divagar... divagar...

III

En otoño de roncós acentos
que con lúgubres puños violentos
en las noches quebranta el pinar,

pueda acaso por sendas de gloria
más allá de su patria y su historia
ambular... ambular... ambular...

IV

Si hace frío en la sala desierta,
entornando a su paso la puerta
y arrojando un buen leño al hogar,

él podrá como un rey del oriente
al influjo del libro sapiente..
delirar... delirar... delirar...

V

Y fingir que entre chusma bravía,
de remotas edades, un día
fue un castillo roquero a escalar:

y que vieron atónitos ojos
una espada entre humanos despojos
cintilar... cintilar... cintilar...

VI

O más bien que en la paz de la vida
por la senda de lauros mullida
fue una rubia princesa a buscar...

Mil lanceros formaban cohorte...
(Y el palacio quedaba hacia el Norte,
frente al mar... frente al mar... frente al mar...)

VII

Mas ¿qué hacer cuando el libro concluye?
¿Cuando el sueño falaz se diluye?
¿Cuando muere la luz del hogar?

Sólo resta el recurso postrero:
como el nórdico rey prisionero,
suspirar... suspirar... suspirar...

Nueva canción de la vida profunda

Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?
—Y un poco más...

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh, mis nocturnos vuelos!
Tuve una novia... Me parece que fue en abril.

Yo miraba el crepúsculo
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Sí, tácilta en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dio una rosa bella,
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...

—¿Y nada más?
—Y un poco más...

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.

El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fue entonces cuando advino Juan Rafael, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás!
Yo amaba solamente su amistad dulce...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y luégo... ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor...
mi lira tiene un trémulo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, paloma rendida,, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡quero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Canción de un azul imposible

Hacia el jardín de ayer de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quero volver a la infantilidad.

Escueto duro, triste corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión...
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

El corazón rebosante

El alma traigo ebria de aromas de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternas
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
que aduermen al arrullo del aire sosegado.

y en la quietud angusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos cinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi virtud impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad angusta que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh pródiga campiña y oh generoso roble.

Haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales, que no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

Parábola de los viajeros

Por la llanura alucinante
dilata ansioso las pupilas:
busca el sereno azul de la cumbre radiante
y alza las manos intranquilas...
El ha cruzado las florestas;
regó su sangre en el sendero
bajo el ardor de la mañana...
Main el Caballero
y Capitán de una milicia humana.

Y va a buscar el buen camino
porque en la liza temprana
estéril fue su juventud.
¡Oh desolado peregrino,
vaso de anhelos, rosa de inquietud!

MAIN

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde vas por tu sendero?

EL MERCADER

Siempre adelante y adelante.
Más allá de los horizontes
hallaré perlas, oro, plata.

MAIN

Empeño vano; triste empeño
que un soplo frío desbarata,
barco de espumas, ala de sueño...

(Abrese toda la llanura
en senderos inadvertidos.
La linde vela nube oscura.
Tiemblan los árboles en la distancia,
y por el viento sacudidos
dan a la estepa su fragancia).

MAIN

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde guía tu camino?

EL ESPOSO

Siempre adelante, adelante.
El Amor es mi antorcha y la sangre es mi vino.

MAIN

El Amor... Si no es bella mentira
que nos ofusca y nos exalta,
treme en la cumbre azul cual una pira,
y la cumbre es tan alta!

(Por sobre el llano polvoriento
rueda una extraña algarabía;
sordo rumor dilata el viento
en la mitad del claro día.
Como pájaros extraviados
vagan los hombres; todos van
siniestramente alucinados
tras la fatiga y el afán).

MAIN

¡Oh buen hermano caminante!
¿a dónde vas por tu vereda?

EL POETA

Siempre adelante y adelante.
En mis manos florece el lirio.
Mi ilusión es azul y mi ensueño de seda.

MAIN

Buscas la espina del martirio...
En el bosque impasible tu oriflama se enreda,
y...

(El sol sus rayos amortigua,
Baja la tarde a la llanura,
doliente, lívida y exigua,
y la extensión bajo sus besos
es más oscura, más oscura...)

MAIN

¡Oh buen hermano caminante!
¿a dónde, dí, tus pasos guía
la clara antorcha de tu fe?

EL APOSTOL

Siempre adelante y adelante...
Mi trigo siembro todo el día,
pero hacia dónde voy no sé.

MAIN

Tú, como yo, en el laberinto
de esta llanura desolada,
bajo la luz del sol ya extinto
buscas la senda amplia y segura
y no ves nada... ¿No ves nada?

(En la penumbra temblorosa
por un sendero divergente
cada peregrino se aleja.
La noche invade ya el oriente.
Pasa un anciano que semeja,
por la fatiga que le enarca,
el guardador de la verdad;
sus dulces manos de patriarca
tiemblan de horror y ansiedad).

MAIN

Buen anciano, buen caminante;
¿qué rutas llevas, qué destino?

EL ANCIANO

Siempre adelante y adelante.
Mi cabeza, bajo sus nieves,
hacia la tierra dura inclino,
y...

MAIN

Busco la luz, el buen camino;
¿quieres decirme sus señales?

EL ANCIANO

Lo envuelve todo enigma obscuro.
Estos senderos son fatales.

MAIN

¿Y más allá del viaje duro,
no está una gruta en la montaña
donde podamos descansar?

EL ANCIANO

Vas en pos de un miraje que engaña.

MAIN

¿Y todos los caminos?

EL ANCIANO

¡Dan al mar!

(Hay un silencio pavoroso...
Por la llanura desolada
los peregrinos sin reposo
y, dilatando las pupilas,
ya no ven nada... no ven nada...
Van a tientas, en vértigo anhelante,
el alma lanzan adelante,
y alzan las manos intranquilas...)

Canción de la alegría

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,
música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar.

Junio en sus brazos cálidos madura
de mayo floreal la herencia opima,
y la onda musical de la luz pura
truécase en polvo de oro de la rima.

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,
trémula en el cordaje del laúd
—Ella florida—
—Ella enardecida—
en la miel de la dulce juventud!
Aún tengo impulsos de cantar. El viento
riega efluvios de Dios por la pradera,
toda primor de nácar y de trino,
en la infantilidad de la mañana.
Qué es poesía?
¡El pensamiento Divino
hecho melodía humana!